

## SECCIÓN PRIMERA

### Dioses superiores

#### 1. El Cielo y la Tierra

El más antiguo de los dioses era el CIELO o COELUS, que se desposó con la TIERRA o TITEA. De este matrimonio nacieron dos hijas llamadas Cibeles y Temis, y numerosos hijos, siendo entre ellos los más célebres. Titán, el primogénito, Saturno, el Océano y Japeto.

El Cielo, que recelaba del poder, genio y audacia de sus hijos, los trató con dureza, los persiguió sin tregua y los encerró, finalmente, en calabozos subterráneos. Titea no se atrevía a ponerse de su parte; conmovida al fin por su suerte, enardeciose, rompió sus cadenas y les proporcionó armas para luchar contra el Cielo. Saturno atacó al padre cruel, le redujo a la condición de siervo y ocupó el trono del mundo.

#### 2. Saturno

TITÁN y SATURNO eran hermanos, y Titán, como primogénito de la familia, pretendía reinar. Pero su madre, que sentía predilección por Saturno, puso en juego tantas súplicas y caricias, que Titán accedió a renunciar a la corona con tal que su hermano, a su vez, se obligase a exterminar todo hijo varón, y de esta manera la realeza volvería con el tiempo a recaer en manos de los Titanes. Saturno aceptó este pacto y se afanó por devorar a sus hijos varones tan pronto como venían al mundo. Cibeles, esposa de Saturno, no pudo sufrir pasivamente tal atrocidad y frustró la vigilancia de su esposo sustituyendo a Júpiter, que acababa de venir al mundo, por una piedra envuelta en pañales, que Saturno engulló sin sospechar el engaño. Júpiter, llevado clandestinamente a Creta, fue allí amamantado por una cabra llamada Amaltea, y para que los vagidos del niño no llegasen a oídos de Saturno, los coribantes, sacerdotes de Cibeles, atronaban el aire con el estrépito de los címbalos, cascabeles y tambores o danzaban junto a la cuna golpeando los escudos con sus lanzas. El engaño, empero, fue descubierto, y Titán, irritado contra un hermano que juzgaba perjuro, le declaró la guerra, le venció y le hizo prisionero.

Júpiter, llegado a plena adolescencia, veía con dolor la esclavitud en que gemía Saturno y se aprestó a libertarle. Reúne un ejército, ataca a los Titanes, los arroja de las alturas del Olimpo y consigue que su padre se siente nuevamente en el trono. Poco gozó Saturno de esta gloria, pues el destino le había predicho que uno de sus hijos le destronaría, y este pensamiento amargaba su existencia y le hacía ver con marcado recelo el valor que desplegaba Júpiter en edad tan tierna. El temor cerró su corazón a los sentimientos de la naturaleza y armó emboscadas al hijo que era tan digno de su amor. Júpiter, activo y valeroso, esquivó las celadas y, después de intentar en vano todos los medios de conciliación, cerró sus oídos a toda consideración, entabló batalla contra Saturno, le expulsó del cielo y se constituyó para siempre en monarca del Empíreo.

El dios destronado corrió a ocultar su derrota en Italia junto al rey Jano, que le acogió amigablemente y aun se dignó compartir con él la soberanía de su reino. Saturno, por su parte, conmovido ante tan

generosa acogida, se dedicó con ahínco a civilizar el Lacio, que era la región en que reinaba Jano, y enseñó a sus rudos habitantes diversas artes útiles.

Esta época feliz recibió el nombre de edad de oro. No regían leyes escritas, ni tribunales ni jueces: la justicia y las costumbres eran respetadas; la abundancia, la paz y la igualdad, mantenidas. La tierra producía toda clase de frutos sin necesidad de ser rasgada por el arado; la naturaleza sonreía en perpetua primavera.

Esta edad de oro duró poco tiempo y fue reemplazada por la de plata. El año fue dividido en estaciones; los vientos glaciales y los calores tórridos se hicieron sentir de tiempo en tiempo, y fue preciso cultivar la tierra y regarla con el sudor del trabajo.

A estas dos edades sucedió la de bronce. Los hombres se tornaron feroces, anhelaron las guerras y codiciaron el lucro, aunque sin abandonarse a los extremos que caracterizaron después la edad de hierro. En esta última edad, fue desterrada de la tierra la buena fe, dejando libre entrada a la traición y a la violencia, y la vida fue sólo una serie de latrocinios. La discordia se introdujo entre los parientes más cercanos, el hijo atentó con osadía contra la vida de su padre, la madrastra contra la de su hijastro. La piedad se trocó en escarnio y Astrea abandonó, suspirando, una morada manchada por los crímenes.

Saturno es imagen o símbolo del tiempo; por eso se le representa como un anciano seco y descarnado, con la faz triste y la cabeza encorvada, llevando en la mano una hoz como símbolo de que el tiempo lo destruye todo; va provisto de alas y sostiene un reloj de arena para indicar la fugacidad de los años. También se le representa devorando a sus hijos, para significar que el tiempo engulle los días, los meses y los siglos a medida que los produce.

Las fiestas de Saturno, llamadas saturnales por los romanos, empezaban el 16 de diciembre y se celebraban por espacio de tres días, durante los cuales permanecían cerrados los tribunales y las escuelas públicas, se suspendía la ejecución de los criminales y no se practicaba arte alguno como no fuera el culinario. Los festines, los juegos y el placer reinaban por doquier. Durante estas fiestas, que evocaban la igualdad y libertad de la edad de oro, los esclavos eran servidos a la mesa por sus señores a quienes podían echar en cara impunemente las más duras verdades o espetar maliciosos decires y cáusticos epigramas.

### **3. Cibeles**

CIBELES o REA, hermana y esposa de Saturno, figura entre los poetas con nombres diversos, y es llamada Dindima, Berecinta e Idea, en recuerdo de tres montañas de la Frigia (Dindima, Berecinta e Idea) donde era principalmente adorada. También fue designada con el título de Gran Madre porque la mayoría de los dioses de primer orden le debían el ser, entre otros Júpiter, Neptuno, Plutón, Juno, Ceres y Vesta<sup>1</sup>. Finalmente, también es conocida con los nombres de Tellus y Ops porque ella regía la tierra y procuraba a los hombres protección, ayuda y riquezas<sup>2</sup>.

Esta diosa suele representarse bajo el aspecto de una mujer robusta, rebosando lozanía. A veces, su corona de encina recuerda que los hombres en tiempos primitivos se alimentaron del fruto de este

---

<sup>1</sup> Algunas veces se confunde a Vesta con Cibeles como constituyendo una misma y única divinidad.

<sup>2</sup> En latín *tellus* quiere decir tierra, y *ops* socorro.

árbol; las torres que en ocasiones coronan su cabeza indican las ciudades que están bajo su protección; la llave que ostenta en su mano designa los tesoros que el seno de la tierra oculta durante el invierno para manifestarse en el verano. Aparece sentada sobre un carro tirado por leones, o bien rodeada de bestias salvajes. Algunos artistas la han representado con los vestidos sembrados de flores.

Cuando Saturno fue arrojado del cielo, Rea le siguió en su huida a Italia; allí secundó sus propósitos de practicar el bien y, como él, se atrajo el cariño de los pueblos del Lacio. También los poetas designan a menudo con el nombre de siglo de Rea, los tiempos felices de la edad de oro.

Sus sacerdotes, llamados curetas, coribantes, dáctilos y galos, celebraban sus fiestas con danzas que ejecutaban a los sones del tambor y los címbalos, dando a sus cuerpos movimientos convulsivos, golpeando sus escudos con las espadas, y aumentando este ruido con gritos y lamentos, en memoria de la desventura de Atis, su patrón. Atis era un pastor frigio al que Cibele dispensaba especial benevolencia, confiándole la custodia de su culto con la condición de que jamás se casaría. Atis olvidó su juramento y tomó por esposa a Sangaride. Cibele le castigó por perjurio haciendo perecer esta ninfa, y, poco satisfecha aún con esta primera venganza, infundió al culpable un frenesí que le revolvía contra sí mismo, se destrozaba el cuerpo y en un acceso de furor iba a poner fin a sus días cuando la diosa, conmovida ante el espectáculo de sus dolores, le metamorfoseó en pino, árbol a que, desde entonces, se mostró muy aficionada y que a ella fue consagrado.

Los frigios habían instituido en honor de Cibele los juegos públicos llamados megalesios, que fueron introducidos en Roma durante la segunda guerra púnica. Los magistrados asistían a ellos vestidos de púrpura, las damas danzaban ante el altar de la diosa, y los esclavos se veían privados de presentarse allí bajo pena de muerte.

#### **4. Júpiter**

Elevado a la soberanía del mundo por la derrota de Saturno, JÚPITER compartió el imperio con sus dos hermanos; asignó a Neptuno las aguas y a Plutón los infiernos, reservándose como dominios suyos la vasta extensión de los cielos.

Los comienzos de su reinado fueron turbados por la rebelión de los Gigantes, hombres de colosal estatura, algunos de los cuales tenían cincuenta cabezas y cien brazos, otros tenían en vez de piernas enormes serpientes.

Júpiter regía pacíficamente el mundo cuando sus monstruosos enemigos resolvieron destronarlo. Acumularon montañas sobre montañas, la Osa sobre el Pelión y el Olimpo sobre la Osa, queriendo así formarse un estribo, una especie de escalera para subir a los cielos. En el primer combate que se libró, le superaron ventajosamente; Júpiter fue vencido y en su espanto supremo llamó en su defensa a los dioses, pero éstos temblaron también en presencia de los Gigantes, y todos, excepto Baco, se refugiaron en las más apartadas regiones del Egipto, donde, para ocultarse mejor, tomaron diferentes formas de animales, árboles y plantas. Un antiguo oráculo había predicho que los habitantes del cielo sufrirían postergaciones hasta que un mortal viniera a socorrerles.

Júpiter, apurado, imploró el socorro de Hércules, uno de los dáctilos de Idea<sup>3</sup>, y en un supremo esfuerzo los dioses reaccionaron, abandonaron Egipto, esgrimieron todas sus armas y exterminaron a los Gigantes. Hércules mató a Alcione y Eurito, Júpiter derribó a Porfirio, Neptuno venció a Polibotes, Vulcano derribó a Clitio de un mazazo; Encelado y Tífeo fueron sepultados bajo el monte Etna, y los restantes, heridos por el rayo, se hundieron en los profundos abismos del Tártaro.

Sobre la tierra imperaba entonces el crimen.

Prometeo, hijo de Japeto, había modelado una estatua de hombre y le había comunicado la vida y el movimiento, arrebatando una partícula de fuego al carro del Sol. Júpiter, indignado por este latrocinio, ordenó a Mercurio que atara al audaz culpable sobre el monte Cáucaso y que allí fuese devorado por un buitre.

Licaón, tirano de Arcadia, se complacía en inmolar a los dioses víctimas humanas y hacía perecer, gozándose ferozmente, a todos los extranjeros que ponían la planta en su reino. Júpiter abandonó el Olimpo y bajó a la tierra para ser testigo de sus maldades; llegó a Arcadia, entró en el palacio de Licaón y pidió hospitalidad. Los arcadios, que le habían reconocido por su porte noble y majestuoso, se aprestaban a ofrecerle sacrificios: Licaón se burló de su credulidad pueril y para cerciorarse de si su huésped era dios, degolló un niño, le cortó en pedazos y mandó que la carne fuera cocida y servida entre los platos que se sacaban a la mesa. Este abominable festín causó horror a Júpiter, el cual echando mano del rayo prendió fuego al palacio. Licaón consiguió escaparse; pero apenas había salido de la ciudad quedó transformado en lobo.

Esta fechoría y otras semejantes indujeron a Júpiter a enviar el diluvio, que convirtió la tierra en un mar inmenso. Las montañas más altas habían desaparecido. Solamente una sobresalía por encima de las olas; el monte Parnaso, en Beocia. Sobre este océano sin riberas y entre los restos de la humanidad, flotaba una frágil barquilla juguete de los vientos en la cual iban Deucalión y Pirra, esposos fieles y virtuosos. Guiados por una mano protectora tomaron tierra sobre la cima del Parnaso, quedando a salvo, pero sus ojos sólo divisaban por doquier horrores de destrucción y muerte. Las aguas menguaron poco a poco, y fueron apareciendo las colinas y algunas llanuras; la piadosa pareja bajó y se dirigió a Delfos para consultar el oráculo de Temis y conocer el medio de poblar la tierra: «Salid del templo — exclamó Temis—, cubrid con un velo vuestro rostro y por encima de vuestras cabezas arrojad, tras de vosotros, los huesos de vuestra abuela».

El piadoso Deucalión se llenó de temor ante el mandato que consideraba cruel; pero reflexionando al momento que la Tierra es nuestra madre común y que las piedras que ella contiene pueden ser consideradas sus huesos, recogió algunas y las arrojó religiosamente tras sí cerrando los ojos. Estas piedras se animaron, tomaron figura humana y se tornaron hombres; las piedras lanzadas por la mano de Pirra se trocaron en mujeres y de esta manera fue repoblado el mundo.

Ordinariamente se representa a Júpiter sentado en un trono de oro, esgrimiendo el rayo en una mano y empuñando un cetro con la otra, apareciendo a sus pies un águila con las alas desplegadas. Su aire respira majestad, su larga barba cae con descuido sobre su pecho.

---

<sup>3</sup> Este Hércules idéense no es el hijo de Alcmena.

La encina era el árbol que le estaba consagrado, porque, al igual que Saturno, había enseñado a los hombres a alimentarse con bellotas. Sus oráculos más célebres eran los de Dodona en Grecia y Ammón en Libia.

Entre las divinidades del cielo se contaban como hijos suyos, Minerva, Apolo, Diana, Marte, Mercurio, Vulcano y Baco; y entre los héroes o semidioses, Pólux, Hércules, Perseo, Minos, Radamanto, Anfión y Zeto.

Quien sepa que han existido ocho personajes que llevaban el nombre de Júpiter, no extrañará tan numerosa progenie. El más célebre de todos ellos era originario de Creta, los otros habían nacido en Arcadia, Egipto, Asiria, etc.

## **5. Juno**

JUNO, hermana y esposa de Júpiter, era la reina de los dioses, la señora del cielo y la tierra y la protectora de los reinos y los imperios. Su presencia no faltaba jamás en los nacimientos y los desposorios, otorgando especial protección a las esposas virtuosas<sup>4</sup>. Su carácter, empero, era imperativo, malhumorado y vengativo y terca en su querer. Espiaba siempre a Júpiter, hasta en sus actos más insignificantes, y los gritos que los celos le hacían proferir estremecían el Empíreo. Júpiter, por otra parte, era un esposo rudo y voluble y muy frecuentemente empleaba medios violentos para acallar los gemidos de su esposa, llegando, en su bárbaro proceder, a atarle a cada pie un pesado yunque, maniatarla con una cadena de oro y colgarla de esta manera de la bóveda celeste. Los dioses no pudieron librarla de sus ataduras y fue preciso recurrir a Vulcano que las había forjado. Tales tratos no hicieron sino aumentar los resentimientos de Juno, que no cesó un momento de perseguir a las favoritas y amantes de Júpiter. En la infortunada lo fue en quien principalmente se cebaron sus enojos.

Esta ninfa, hija de Inaco, que era un río de la Argólida, se veía un día perseguida por Júpiter, el cual para impedir que se le escapara hizo bajar sobre los campos una espesa neblina en la que lo quedó envuelta por completo. Extrañada Juno ante este fenómeno, descendió a la tierra, disipó la nube y descubrió a la ninfa que acababa de ser transformada en vaca. Pero como conservase aún bajo la nueva forma sus gracias y encantos, Juno, fingiendo que le placía en extremo, pidió a Júpiter con tan vivas instancias que le fuera concedida, que el dios no se atrevió a negarse a tal petición.

Dueña ya Juno de su rival, confió su custodia a un guardián que tenía cien ojos, de los cuales cincuenta estaban en vela mientras los otros se entregaban al sueño. Argos, pues tal era su nombre, no la perdía un instante de vista durante el día, y por la noche la tenía fuertemente atada a una columna. Júpiter disponía solamente de un medio para librar a lo de aquel incómodo satélite, y a este efecto llamó a Mercurio y le ordenó que le diera muerte.

Mercurio se presenta a Argos cuando la noche descendía sobre la tierra, refiérole interesantísimas historias, enlaza una narración con otra y logra, por fin, sumirlo en profundo sueño, pudiendo entonces cortarle la cabeza.

Cuando Juno se vio privada de Argos, descargó su cólera sobre la hermosa vaca que era del todo ajena al crimen: la diosa suscitó contra el animal un tábano que la picaba continuamente y le producía

---

<sup>4</sup> Cuando presidía el nacimiento de los niños tomaba el nombre de Lucina, Juno-Lucina o Ilicia.

transportes convulsivos. Hostigada y ensangrentada, la desgraciada recorrió, en su desesperada fuga, Grecia, el Asia Menor y atravesó a nado el mar Mediterráneo llegando hasta Egipto y las márgenes del Nilo. Agotada por el cansancio y el sufrimiento, se dirigió a Júpiter suplicándole con vivas ansias que la restituyera a su forma primitiva, dando entonces a luz a un hijo llamado Epafo. Juno, que siempre echaba de menos a su fiel espía al que Mercurio diera muerte, tomó sus cien ojos y los diseminó sobre la cola del pavo, perpetuando, de esta manera, su recuerdo.

Llena de orgullo, al par que celosa, no pudo Juno perdonar jamás al joven troyano Paris, hijo de Príamo, que no le hubiese adjudicado la manzana de oro, y se hizo, por ende, irreconciliable enemiga de la nación troyana. Los griegos, al contrario, vinieron a ser objeto constante de sus favores y de su protección.

Las Prétides, hijas de Preto, sintieron orgullosas de su belleza sin par, atreviéndose a compararse a Juno, que castigó su orgullo tornándolas insensatas y maniáticas. Su locura consistía en creerse convertidas en vacas, lanzar en todo momento los mugidos propios de estos animales y esconderse en lo más intrincado de las selvas para evitar ser uncidas al arado. Melampo, adivino y experto médico, prestóse a curarlas si su padre se avenía a aceptarle por yerno y asignarle el tercio de su reino. Preto accedió fácilmente a tales condiciones y Melampo, después de realizar con éxito su cometido, desposóse con la más hermosa de las tres hermanas.

El culto de Juno era universal y sus fiestas se desplegaban en medio de la mayor solemnidad. En Argos, Samos y Cartago era donde la diosa recibía especial culto y veneración.

Algunos escultores la han representado sentada en un trono, ostentando sobre su frente una diadema y en su mano un cetro de oro. A sus pies aparecen uno o varios pavos. Algunas veces se ven también dos pavos arrastrando su carro y tras ella, Iris despliega los variados colores del arco iris.

Iris, hija de Juno y mensajera de los dioses, transmitía sus mandatos a los diversos lugares de la tierra, a los mares y hasta a los infiernos, ejerciendo, entre tanto, los oficios más penosos: asistía a las mujeres agonizantes y cortaba el hilo que mantenía unidas sus almas al cuerpo, cumpliendo de esta manera y en nombre de Juno tan piadosa misión.

## **6. Vesta**

VESTA, diosa del fuego, era hija de Saturno y de Cibeles. Su culto fue introducido en Italia por el príncipe troyano Eneas; cinco siglos después Numa le erigió un templo en Roma, en el que se guardaba el paladión y se mantenía continuamente vivo el fuego sagrado.

Suelen representarla vestida con larga túnica y la cabeza cubierta por un velo. Con una mano sostiene una lámpara o bien una antorcha; otras veces empuña un dardo o el cuerno de la abundancia.

Sus sacerdotisas, llamadas vestales, fueron elegidas primeramente por los reyes, y después por los pontífices. Debían ser éstas de condición libre y sin defecto físico alguno. Era su misión principal custodiar el templo de Vesta y mantener siempre encendido el fuego sagrado, símbolo de la perennidad del imperio. Si el fuego se apagaba, producíase en la ciudad una aflicción general, interrumpíanse los negocios públicos, creíanse amenazados por las mayores desgracias y no renacía la tranquilidad hasta que de nuevo se hubiese obtenido el fuego sagrado que los sacerdotes se procuraban directamente de

los rayos del sol, bien del fuego producido por el rayo, o ya por medio de un taladro que se hacía girar con gran velocidad en el orificio practicado en un trozo de madera.

Las vestales debían observar riguroso celibato; su castidad e inocencia habían de ser ejemplares. El castigo que a las culpables se imponía era la muerte ¡y qué clase de muerte! La vestal era enterrada viva. La infortunada bajaba al sepulcro en medio de las ceremonias más espantosas: el verdugo colocaba a su lado una lamparita, un poco de aceite, un pan, agua y leche; después cerraba el sepulcro sobre su misma cabeza. Las vestales, empero, hallaban en la consideración de sus conciudadanos y en la distinción de que eran objeto, digna compensación de las privaciones a que vivían sometidas. Todos los magistrados les cedían el paso. En asuntos de justicia, su palabra era por sí sola digna de todo crédito. Cuando salían de su morada iban precedidas por un lictor provisto de las fascas rituales y si al pasar una vestal por la calle encontrábase con un criminal que llevaban al suplicio, salvábale la vida sólo con afirmar que el encuentro era fortuito.

Los testamentos, los actos más secretos, las cosas más santas eran a ellas confiados. En el circo tenían asignado un sitio de honor; la manutención y demás gastos que su vida exigía corrían a cargo del tesoro del estado.

Cuando habían cumplido treinta años de servicio sacerdotal les era permitido volver al mundo y sustituir el fuego de Vesta por la antorcha del himeneo. Pero raras veces usaban de un privilegio que les era concedido en época ya tardía; la mayor parte de ellas preferían pasar el resto de sus días allí donde había transcurrido su juventud: entonces servían de guía y ejemplo a las novicias que ellas iniciaban.

## **7. Neptuno**

NEPTUNO, dios del mar, era hijo de Saturno y de Cibeles. En su juventud había tramado una conspiración contra Júpiter, el cual le arrojó del Olimpo y le relegó a la condición de simple mortal. Por aquel entonces Laomedón levantaba los muros de Troya y rogó a Neptuno que le ayudara en el duro trabajo de levantar fuertes diques que pudieran contener la furia de las olas. El dios se hizo albañil, trabajó a las órdenes del exigente monarca y aguantó durante muchos meses toda clase de fatigas y sinsabores.

Congraciado y reconciliado con su hermano, Neptuno se entregó con incansable celo al gobierno del imperio que le había sido confiado: rodeóse de hábiles ministros, les asignó diversos cometidos, promulgó sabias leyes y prometió a sus súbditos que administraría con equidad la debida justicia en beneficio de todos.

Quiso después buscar esposa y sus ojos se fijaron en Anfítrite, hija del Océano, que era una ninfa de admirable belleza. Pidióla en matrimonio a su padre, el cual acogió gozoso una proposición que le halagaba sobremanera; pero la ninfa quiso, antes de tomar decisión alguna, conocer al esposo que se le destinaba. Al verlo retrocedió: el tinte de su piel curtida, su tupida y desordenada melena y su viscosa barba le inspiraron profunda repugnancia. En vano se mostró Neptuno sumiso y respetuoso con ella; en vano se esforzó para arrancarla su lengua las más delicadas protestas; todo fue inútil: nada pudo decidir a Anfítrite a aceptarlo por esposo.

Triste, solitario y desanimado quedó Neptuno lamentándose amargamente de la crueldad de su suerte cuando un delfín que habla sido testigo de su pena acudió a ofrecerle su intervención y sus servicios, y al efecto se presentó a la ninfa rebelde, le ponderó las riquezas del monarca como también lo dilatado de

su imperio, los homenajes de que sería objeto y los palacios que le servirían de morada; la elocuencia del delfín triunfó por completo y cúpole la gloria de poder llevar a la ninfa Anfítrite ante su esposo.

Pero el poder de Neptuno no se limitaba solamente a los mares, lagos, ríos y fuentes, extendiéndose también a las islas, penínsulas, montañas y aun a los continentes, a los que ponía en conmoción según le placía. Las sacudidas violentas y los temblores de tierra eran obra suya. Se atribuye a Neptuno la creación del caballo, que es uno de los más bellos presentes que los dioses hayan podido hacer a los mortales; al crearlo enseñó también el arte de domarlo. Amansó el fogoso cuadrúpedo y lo hizo sumiso a la mano y a la voz del hombre.

Todos los pueblos rindieron culto a Neptuno, sintieron por él temor profundo y levantáronle a porfía estatuas y altares. Los habitantes de Libia le consideraron como su divinidad principal. En Asia Menor, en Grecia, en Italia y principalmente en las regiones marítimas, se le habían levantado innumerables templos. Era invocado por los navegantes, y los atletas, tanto de las carreras de carros como de las de caballos, le tenían por patrón especial. Los juegos ístmicos en Corinto y los consuales en Roma fueron instituidos en su honor. En los sacrificios que a él se le ofrecían eran inmolados un toro y un caballo. Los arúspices le ofrecían la hiel de las víctimas por guardar analogía con el sabor amargo de las aguas del mar.

Neptuno suele ser representado en la persona de un anciano cuyo ancho pecho y carnosas espaldas están cubiertos con ropajes de color azulado. Lleva por cetro un tridente y le sirve de carro una vasta concha arrastrada por dos hipocampos o caballos marinos con dos patas. Los tritones que forman su cortejo anuncian su presencia haciendo sonar una concha que es una especie de trompeta que se pliega en varias curvas, cada vez más anchas, y cuyos sonidos se propagan hasta los confines del mundo.

No deben confundirse los tritones con Tritón; éste manda, los otros obedecen. Tritón, hijo de Neptuno, tiene poder para encrespar las olas del mar o calmarlas; los tritones son sus subalternos sin autoridad ni importancia alguna, pero todos, tanto el señor como sus súbditos, son mitad hombre y mitad pescado y todos preceden al carro majestuoso del dios de las aguas arrancando a la concha extraños sonos.

## **8. Plutón**

Cuando los tres reyes hijos de Saturno, a saber, Júpiter, Neptuno y Plutón, se repartieron el mundo, a Plutón, como más joven que era, le asignaron la peor parte: el reino triste de los infiernos.

Llámanse infiernos las moradas subterráneas adonde van las almas de los muertos para ser juzgadas y recibir la pena que por sus crímenes merezcan o la recompensa a que por sus actos virtuosos sean acreedoras. A la puerta se halla continuamente en vela un perro con tres cabezas llamado Cancerbero, el cual con sus triples aullidos y sus mordeduras impide a los vivientes que entren allí y a las sombras que puedan salir<sup>5</sup>.

Si hemos de dar crédito a los poetas, el vasto espacio que ocupaban los infiernos estaba rodeado por dos ríos el Aqueronte y el Estigio, que era necesario atravesar para poder llegar a la morada de Plutón. Pero el barquero Carón, viejo feroz, rechazaba duramente y golpeándoles con el remo, a los desgraciados que habían muerto y todavía permanecían insepultos, y a cuantos no podían pagarle un

---

<sup>5</sup> La sombra era un término medio entre el alma y el cuerpo; era, como el alma, inmaterial y conservaba la figura del cuerpo.

óbolo, que era el precio del pasaje; a los demás hacía sentar en su barca, los transportaba a la ribera opuesta y los entregaba a Mercurio, que les conducía ante el terrible tribunal. Tres jueces estaban sentados en él y administraban justicia en nombre de Plutón y a su presencia; estos eran: Minos (antiguo rey de la isla de Creta), Eaco (rey de la isla de Egina) y Radamanto (hermano de Minos), los tres de una integridad a toda prueba; pero Minos, más sabio que sus colegas, gozaba de la preeminencia y empuñaba en su mano un cetro de oro. Cuando la sentencia se había hecho pública, los buenos eran introducidos en los Campos Elíseos y los malos eran precipitados en el Tártaro.

Llámase Elíseo o Campos Elíseos a la morada que se destinaba a los buenos para después de su muerte. Unas frondas en perenne verdor, la brisa embalsamada del Céfito, praderas esmaltadas de flores embellecían esta afortunada región. Un jubiloso enjambre de pájaros cantaba melodiosamente en la espesura, y el sol no era jamás empañado por la más leve niebla. El Leteo serpenteaba con suave murmullo; una tierra fecunda rendía al año doble o triple cosecha y ofrecía, a su debido tiempo, flores y frutos. Allí no tenían entrada el dolor, la enfermedad ni la vejez, y a la bienandanza de que gozaba el cuerpo iba unida la ausencia de los males que pueden afligir al alma. La ambición, el odio, la envidia y las bajas pasiones que agitan a los mortales eran allí completamente desconocidos.

El Tártaro, lugar destinado a los malvados, era una vasta prisión fortificada, guardada por un triple muro y circundada por un río de fuego llamado Flegetón. Tres furias, Alecto, Meguera y Tisífone, eran las gondoleras de esta ígnea corriente; con una mano empuñaban una antorcha flamígera y con la otra un látigo sangriento, con el cual flagelaban sin tregua ni piedad a los malhechores cuyos crímenes exigían severos castigos. El Tártaro era el lugar donde se hallaban Titio, cuyo seno era roído por un buitro; Tántalo, corriendo sin cesar tras la onda fugitiva, y las Danaides, esforzándose por llenar un tonel sin fondo<sup>6</sup>. Aquí moraban también aquellos que habían odiado a sus hermanos, maltratado a sus padres, engañado a sus pupilos; aquí gemían los servidores infieles, los ciudadanos traidores a su patria, los avaros, los príncipes que habían suscitado guerras injustas. Todos expiaban sus faltas, todos quisieran volver a gozar de la luz del día para comenzar de nuevo una existencia apacible y llena de merecimientos. No lejos del Tártaro moraban los Remordimientos, las Enfermedades, la Miseria vestida de andrajos, la Guerra chorreando sangre, la Muerte, las Gorgonas, que tenían serpientes en vez de cabellos, la Quimera, las Arpías y otros monstruos a cual más horribles.

Aquí, desde hacía muchos años, reinaba Plutón cansado ya de su celibato. El horror que inspiraba su mansión, la repugnante fealdad de su aspecto y la dureza de su carácter, hacían que huyeran de él todas las diosas, ninguna de las cuales se avenía a ser su esposa, por lo que tuvo que recurrir a la violencia.

PROSERPINA, hija de Ceres, vivía retirada en Sicilia, junto a las campiñas del Etna, y allí gustaba de pasar su juventud en paz e inocencia. Un día que se entretenía con sus compañeras cogiendo flores recién abiertas, Plutón la divisó y la raptó a pesar de sus protestas y de las amonestaciones de Minerva. Orgulloso el dios con su presa, lanzó a todo correr sus caballos negros, abrió la tierra con un golpe de su cetro y se hundió en el reino de las tinieblas.

---

<sup>6</sup> Titio, uno de los gigantes, habiendo ofendido a Latona, madre de Apolo, fue muerto por este dios de un flechazo. Tántalo, que había asesinado a su propio hijo, estaba condenado a ser devorado por la sed a pesar de hallarse rodeado de agua y a tener siempre hambre aunque tuviese a su alcance un árbol cargado de fruta. Véase la sección III, § 17. El crimen de las Danaides se halla narrado en la sección VI, § 3.

Al tener Ceres noticia de esta desventura, partió precipitadamente en busca de su hija, recorrió las montañas, exploró las cavernas y los bosques, atravesó los ríos, encendiendo al llegar la noche dos antorchas para poder continuar su camino al través de la oscuridad. Llegada que fue al lago de Siracusa encontró allí el velo de Proserpina y comprendió que el raptor de su hija había pasado por aquel lugar; después supo por boca de la ninfa Aretusa que el audaz amante se llamaba Plutón, el mismo rey de los infiernos. A tal noticia, Ceres sube a un carro tirado por dos dragones<sup>7</sup>, atraviesa la inmensidad del espacio, se presenta a Júpiter con los ojos arrasados en lágrimas, el pelo en desorden y la voz alterada, y le pide justicia. El padre de los dioses intenta calmarla, haciéndole ver que debe sentirse orgullosa de tener por yerno a un poderoso monarca, y al fin le dice: «Si, no obstante, vuestro deseo es que Proserpina os sea devuelta, no me opongo a ello, con tal que no haya comido nada desde que entró en los infiernos: tal es el fallo del Destino». Ceres, más veloz que el rayo llega hasta las márgenes del Aqueronte, pregunta ansiosa a todos los que encuentra a su paso. Pero Proserpina acababa de echar mano de una granada y había comido ya algunos granos. Su retorno a la tierra era, por tanto, imposible. No obstante, y a fuerza de ruegos, Ceres pudo obtener que su hija morase en los infiernos sólo durante seis meses del año y que pudiese pasar los otros seis sobre la tierra.

Generalmente se representa a Plutón con semblante lívido, las cejas espesas, los ojos rojizos y la mirada amenazadora. Lleva en su mano derecha un cetro o una horquilla con dos puntas y en la izquierda ostenta una llave para indicar que es imposible salir de los infiernos. Su corona es de ébano, delatando por su color oscuro al dios de las tinieblas: algunas veces su cabeza va cubierta con un casco que le hace invisible. En algunas esculturas, aparecen sentadas a su lado las tres Parcas y a sus pies descansa el Cancerbero.

Plutón era la única de las divinidades superiores que no tuvo jamás templos ni altares. Se le sacrificaban víctimas negras cuya sangre corría hasta depositarse en una hoya. El ciprés y el narciso eran las plantas que le estaban especialmente consagradas.

Proserpina se representa al lado de Plutón, sentada en un trono de ébano o sobre un carro arrastrado por caballos negros. En su mano ostenta flores de narciso. Bajo el nombre de Hécate, presidía los actos de magia y los encantamientos; ejercía su poder sobre el mar y la tierra, en el Tártaro y en los cielos. Pueblos, reyes, magistrados y guerreros invocaban su nombre, solicitaban su protección, y para tenerla propicia le ofrecían corderos, perros y miel. En honor de Hécate se celebraban todos los meses en Atenas unas fiestas llamadas hecatesias, durante las cuales los ricos de la ciudad ofrecían en las encrucijadas una comida pública, llamada comida de Hécate, destinada principalmente a los pobres de la localidad y a los viajeros indigentes.

Los poetas dan algunas veces a las regiones infernales los nombres de Ténaro, Erebo y Orco. El Ténaro era un promontorio de Laconia que tenía en uno de sus extremos una profunda caverna de la que salían tantos vapores negros e infectos, que la crédula imaginación del vulgo llegó a creer que allí se abría el vestíbulo del infierno. Se da el nombre de Erebo a la región más tenebrosa del imperio de las sombras; en lenguaje poético «la noche del Erebo» quiere indicar el sepulcro, la muerte, el infierno. Orco, uno de los sobrenombres que se dan a Plutón, ha sido también aplicado al mismo reino en que este dios ejerce su poderío: «bajar al Orco» vale tanto como decir que se desciende a la mansión de los muertos.

---

<sup>7</sup> El dragón, animal fabuloso, es una enorme serpiente alada, terrible como el león, rápida como el águila y que no duerme jamás.

## 9. Ceres

CERES, diosa de los cereales y las cosechas, recorrió muchos países buscando a su hija Proserpina, que Plutón le había arrebatado.

Un día que esta madre infortunada atravesaba el Ática bajo la apariencia de una mujer vulgar, se detuvo cerca de Eleusis y sentóse sobre una piedra para descansar. Al verla la hija de Celeo, rey de Eleusis, y suponiendo por su decaído aspecto que alguna pena la mortificaba, acercóse a ella y le rogó que fuese a casa de su padre para reposar. Ceres aceptó y se dirigió a la mansión real; Celeo le dispensó tan buena acogida, que la diosa, altamente reconocida a la sincera hospitalidad, devolvió la salud a su hijo Triptolemo que estaba aún en la cuna.

No se contentó con esto la diosa, su gratitud le exigía hacer algo más: tomó a su cargo la educación de Triptolemo y quiso hacerle inmortal. A este efecto, durante el día le alimentaba con su leche y por la noche le tendía sobre carbones encendidos para despojarle de su condición mortal. El niño crecía visiblemente y de modo tan prodigioso que se apoderó de su madre la más viva curiosidad; quiso ésta saber lo que pasaba durante la noche y qué mágicos procedimientos empleaba Ceres. A este fin se ocultó en un rincón de la estancia y, al ver que la diosa se disponía a someter a su hijo al fuego depurador, lanzó un grito de espanto y quedó destruido el encantamiento.

No pudiendo ya Ceres dar al joven Triptolemo la inmortalidad, quiso, por lo menos, que fuera amado por todos los hombres: enseñóle el arte de sembrar el trigo y de hacer el pan, y dióle, después, un carro tirado por dos dragones para que recorriera los diversos lugares de la tierra enseñando el arte de la agricultura.

Al retornar Triptolemo de sus viajes estableció en Eleusis, ciudad del Ática, el culto de Ceres, y al mismo tiempo instituyó fiestas en honor de esta divinidad bienhechora. Para ser iniciado en los misterios de Eleusis era preciso haber pasado por un noviciado que duraba por lo menos un año y de ordinario cinco, al cabo de los cuales quedaban admitidos a la *autopsia*, o sea, a la contemplación de la verdad. Aspirar a este último estado significaba aspirar a la perfección. La ceremonia de la admisión se realizaba por la noche. Los iniciados se reunían junto al templo, en un cercado suficientemente espacioso para que en él cupiera una gran muchedumbre. Coronábanse de mirto, se lavaban las manos, escuchaban la lectura de las leyes de Ceres, tomaban un refrigerio y entraban en el santuario donde reinaba la más profunda oscuridad. De repente la densa tiniebla era rasgada por una luz vivísima, apareciendo en medio de resplandores la estatua de Ceres magníficamente ataviada. Mientras la multitud llena de asombro se entregaba a transportes de admiración, la luz se extinguía, y las bóvedas del templo se poblaban de rayos deslumbradores que dejaban ver acá y allá espantosos espectros y monstruosas figuras. El estruendo de los truenos acababa por sembrar el espanto en el alma del iniciado. Finalmente se restablecía la calma y se abrían dos grandes puertas que dejaban ver a la luz de las antorchas un delicioso jardín dispuesto para la danza, las fiestas y el placer. En este Campo Elíseo, era donde el hierofante o gran pontífice revelaba a los iniciados las cosas santas y el secreto de los misterios<sup>8</sup>. El que divulgase lo que había visto y oído cometía un horrendo crimen, y era castigado con la pena de muerte. En el Ática fue también instituida, con el nombre de tesmoforias, otra festividad cuyo objeto era conmemorar las sabias leyes que Ceres había dado a los mortales. Las tesmoforias sólo podían ser

---

<sup>8</sup> El hierofante tenía que ser ateniense y pertenecer a la familia de los Eumólpidas.

celebradas por mujeres de reconocida distinción que anticipadamente habían de purificarse, abstenerse de toda diversión y vivir en la sobriedad más ejemplar. No era permitido a los hombres asistir a dichas fiestas. Celebrábanse éstas por espacio de cinco días, durante los cuales algunas doncellas vírgenes, vestidas con blancas túnicas, transportaban sobre sus cabezas, de Atenas a Eleusis, las sagradas canastillas que contenían un niño, una serpiente de oro, un harnero, algunos pasteles y otros símbolos.

Se representa ordinariamente a Ceres coronada de espigas; también se la ha figurado empuñando con una de sus manos una antorcha encendida, o bien ostentando una amapola. Inmolabanle el cerdo, animal que gusta de hozar en los sembrados.

### **10. Minerva**

MINERVA, diosa de la sabiduría, vino al mundo de un modo muy singular. Júpiter, que sufría acerbos dolores de cabeza, ordenó a Vulcano que le abriese el cráneo... de un hachazo, y de él salió Minerva armada de pies a cabeza, doncella ya de veinte años. Admitida que fue al consejo de los dioses, gozó en él de grandes prerrogativas. Tenía, como Júpiter, el privilegio de disponer del rayo según le pluguiese; concedía el espíritu profético, prolongaba la vida de los mortales y les deparaba, después de su muerte, venturosas bienandanzas. Todas sus promesas eran puntualmente realizadas, todo lo que ella autorizaba con una señal de cabeza había de tener riguroso cumplimiento.

Constituida en protectora de sabios y artistas, había inventado la escritura, la pintura y el bordado; conocía también la música, pues sabía tocar la flauta con maestría; pero como le dañaba la boca y le producía fatiga, la arrojó con enfado en las aguas de una fuente.

Orgullosa de su excelso talento y de su belleza majestuosa, miraba con ojos encelados a todas aquellas mujeres que se jactaban de igualarla. Medusa fue castigada por haber osado comparar sus atractivos con los de la hija de Júpiter. Medusa, una de las tres Gorgonas, había venido al mundo adornada con todos los atractivos personales; sus cabellos causaban la admiración de cuantos la contemplaban; innumerables amantes la pretendían por esposa. Engreída por tantos homenajes atrevióse a desafiar con su belleza a Minerva y hasta se creyó superior a la diosa. Minerva, llena de indignación, transformó en serpientes los cabellos de la Gorgona, cubrió su cuerpo de escamas, puso dos alas a sus espaldas, desfiguró sus facciones y le dio un aspecto tan espantoso, que bastaba su presencia para causar la muerte o cambiar en piedras viles a los que tenían la desgracia de cruzarse con ella en su camino. Por eso cuando se advertía su proximidad trataban todos de esconderse o se daban a la fuga.

Aracne fue también víctima de los airados celos de Minerva. Aracne, famosa obrera de la ciudad de Colofón, trabajaba con tanta pericia en las labores de bordado que de todas partes afluían curiosos para extasiarse ante sus primores. Este coro unánime de alabanzas le inspiró tal vanidad que llegó a desafiar a la misma diosa, invitándola a que demostrase, si podía, mayor suma de méritos. El desafío fue aceptado: pusieron una y otra a la obra. El trabajo de Minerva resultó sin duda muy perfecto, pero el de Aracne no le quedaba en zaga. Sobre la tela había ésta representado a Europa arrebatada por Júpiter transformado en toro; Asteria forcejando contra el mismo dios metamorfoseado en águila; Leda, de la que aquél se hacía amar tomando la forma de cisne; Alcmena, a la que engañaba usurpando los rasgos de la fisonomía de Anfitrión. También se podía ver al rey de los dioses cómo se introducía en la Torre de Dánae en forma de lluvia de oro, tornarse llama viva junto a Egina, y rendir el corazón indiferente de Mnemósine, vistiéndose de pastor.

El dibujo era tan perfecto y las figuras quedaban tan vivamente ejecutadas, que Minerva, no pudiendo descubrir en él defecto alguno, hizo pedazos el hermoso trabajo en que quedaban tan magistralmente representadas las locas aventuras de su padre, llevando su resentimiento hasta el punto de golpear a Aracne, que llena de desesperación se ahorcó. Movida la diosa a compasión, sostúvola en los aires para que no acabara de estrangularse y la transformó en araña. Bajo esta nueva forma, Aracne conserva aún su pasión por hilar y tejer la tela.

El acontecimiento más importante de la vida de Minerva es la desavenencia que tuvo con Neptuno. Quería la diosa que la ciudad que Cecrops acababa de construir en África, llevara su nombre; Neptuno tenía idénticas aspiraciones. Los dioses determinaron conceder este honor a aquel de los dos pretendientes que creara la cosa que pudiese resultar más útil para la ciudad. Neptuno golpeó la tierra con su tridente e hizo nacer el caballo, emblema de la guerra; Minerva con un golpe de su lanza hizo brotar el olivo, símbolo de la paz. Los dioses se declararon a favor de la diosa y la ciudad se llamó Atena o Atenas, que tal es en lengua griega el nombre de Minerva.

Esta diosa suele representarse en la figura de una mujer de continente grave y severo, empuñando con su mano derecha una pica y con su izquierda un escudo. Ostenta sobre el pecho la verdadera égida, especie de coraza en la que se halla esculpida en relieve la cabeza de Medusa. Su divina frente está protegida por un casco coronado por un penacho o un gallo. A sus pies aparece una lechuza o un búho, aves vigilantes, tranquilas y reflexivas.

Preside con el nombre de Palas la guerra y los combates. Este nombre le fue dado cuando venció al gigante Palas, cuya piel arrancó, llevándola consigo en señal de triunfo.

## **11. Venus**

VENUS, diosa de la belleza y del amor, nació de la espuma del mar, provista de todos los encantos, y abordó a la isla de Citerea, donde fue acogida por las Horas, que la hicieron sentar en un carro de excepcional diafanidad y la transportaron al Olimpo; allí las Risas, las Gracias y los Juegos constituían su cortejo<sup>9</sup>. Un maravilloso ceñidor añadía aún nuevos encantos a su poder y a sus atractivos. Cuando se presentó ante los dioses quedaron éstos maravillados, y cada uno de ellos la pretendía por esposa. Júpiter concedió su mano a Vulcano, que acababa de inventar el rayo mediante el cual había sido posible exterminar a los Gigantes.

Pero Venus, diosa inconsiderada y frívola, enojada en extremo de tener por marido un herrero cojo, sucio y rudo, se mostraba complacida ante los halagos de que era objeto por parte de los cortesanos. El dios de los borrachos, el dios de los guerreros, Adonis, hijo de Myrrha, y muchos otros, consiguieron, sin gran esfuerzo, alegrarla en sus contrariedades.

Adonis, apuesto doncel, nacido en Arabia, amaba apasionadamente la caza y se entregaba a este ejercicio sin descanso a pesar de los ruegos de Venus que temía que fuese cruelmente devorado por las bestias feroces. Un día que se hallaba cazando en el monte Líbano, enardecido por su misma valentía, olvidóse de los consejos de la diosa y después de herir un jabalí fue perseguido por el furioso animal, que al alcanzarle le derribó y le hizo pedazos. Venus acudió en socorro de su amante cuando era ya

---

<sup>9</sup> Homero cree que Venus es hija de Júpiter y Dione. Virgilio da a Julio César el sobrenombre de Dionaeus, por descender de Venus por parte de Eneas, hijo de Anquises.

demasiado tarde: Adonis había expirado. La diosa regó su sangre con néctar y la convirtió en una flor llamada anémona; pero incapaz de soportar el dolor que esta pérdida le producía, suplicó al rey de los dioses que su querido Adonis recobrase la vida y le fuese devuelto. La ley del destino se opuso a ello y le fue solamente concedido que pudiese pasar cada año seis meses en la tierra y seis meses en los infiernos. Levantáronle templos, eleváronle a la categoría de los dioses y en su honor fueron instituidas las fiestas llamadas adonias. Celebrábanse éstas durante ocho días: los cuatro primeros se pasaban en fúnebres ceremonias y los otros en desbordantes regocijos, para conmemorar a la vez la muerte y la apoteosis del favorito de Venus.

El culto de esta divinidad era universal, pero no le sacrificaban víctimas, y sus altares no eran jamás manchados con sangre; contentábanse con quemar incienso y perfumes. Sus templos principales eran los de Pafos, Amatonte e Idalia en la isla de Chipre; los de Gnido en la Caria; el de Citerea en el Peloponeso y el del monte Erix en Sicilia<sup>10</sup>. El escultor Praxíteles hizo para los habitantes de Gnido una estatua de Venus, considerada como una obra maestra.

Algunos artistas representan a Venus sentada en un carro arrastrado por palomos, cisnes o pájaros; una corona de rosas y mirto circunda sus blondos cabellos. El mirto era el arbusto de su predilección.

Cupido o el Amor, hijo de Venus, dios maligno, seductor y engañoso, apenas vino al mundo cuando Júpiter, previendo los daños que este niño podía causar, mandó a Venus que le hiciese desaparecer. Esta, para sustraerlo a las miradas del señor de los dioses, le ocultó en lo más denso de los bosques, y allí Cupido fue amamantado por los leones y los tigres. Cuando se sintió robusto, construyó un arco de fresno y con madera de ciprés hizo sus flechas. Ejercitándose en el tiro contra los animales que le habían amamantado, se adiestró en el arte de hacer víctimas de sus dardos a los hombres.

Los monumentos de la antigüedad representan ordinariamente a Cupido bajo la figura de un niño que se divierte en los juegos propios de su edad, ya haciendo rodar un aro, bromeando con las ninfas, persiguiendo una mariposa o agitando su antorcha; ya se entretiene a los pies de su madre tocando el laúd o aparece abrazando fuertemente a un cisne. Algunas veces se le representa con un pie en el aire como si pensara alguna travesura, o bien anda con aires de conquistador, con el casco en la cabeza, la pica al hombro y el brazo armado con el escudo; muchas veces lo contemplamos importunando a un centauro, domando un león o destrozando los rayos a Júpiter. Se le representa siempre provisto de alas, porque la pasión que inspira no es duradera, y lleva los ojos vendados para denotar con ello que el amante no ve en el objeto de sus ternuras las faltas y defectos<sup>11</sup>.

Las habituales compañeras de Venus y Cupido son las tres Gracias: Aglae, Talía y Eufrosina. Jóvenes, hermosas y modestas, con los cabellos prendidos con negligencia; se dan las manos como si se prepararan para la danza, o levantan un brazo por encima del hombro y la cabeza mientras que el otro igualmente colocado va a unirse con la mano de la Gracia próxima. Las Gracias presiden las acciones buenas, el reconocimiento y todo lo que el mundo puede ofrecer de agradable, dulce y atractivo. No solamente dispensan a los hombres la amabilidad, la jovialidad, un humor benigno y otras cualidades que constituyen el encanto de la vida, sino también la liberalidad, la elocuencia y la sabiduría. Algunas veces aparecen representadas en medio de los sátiros más feos, para indicar que no se puede juzgar a

---

<sup>10</sup> De aquí vienen los nombres de Cipris, Citerea y Ericina dados a Venus.

<sup>11</sup> El Amor no siempre es un niño que juega en brazos de su madre; algunas veces aparece con toda la lozanía de la juventud; de esta manera suelen representar al amante de Psiquis. Véase sección VI, 11.

una persona sólo por las apariencias, y que los defectos del rostro se modifican por las cualidades del espíritu y del corazón.

## **12. Vulcano**

VULCANO, hijo de Júpiter y de Juno, era, al venir al mundo, tan deforme, que horrorizado su padre ante tamaña fealdad lo precipitó desde lo alto de los cielos. El celeste aborto fue rodando durante un día en el espacio y de torbellino en torbellino fue a parar, al caer la tarde, a la isla de Lemnos, cuyos habitantes le recibieron de tal forma que sólo se rompió una pierna. Privado Vulcano de los dones exteriores, estaba abundantemente compensado en los del genio: era el más industrial de los inmortales. Con un poco de arcilla amasada con agua formó la primera mujer y supo embellecerla con tales atractivos, que los dioses invitaron a esta admirable criatura a que formara parte de su asamblea, la colmaron de dones y le dieron el nombre de Pandora. Después de este primer éxito Vulcano estableció en Lemnos dos fraguas considerables y en sus montañas fueron por primera vez pulimentados el oro, el hierro, el cobre y el acero. Bajo su dirección se construyeron nuevos talleres en los antros de Lípari y en las cavernas del monte Etna: allí trabajaba Vulcano con sus cíclopes, cuyos nervudos brazos levantaban sin cesar los martillos detonantes. Estos cíclopes o herreros de Vulcano eran una raza de gigantes antropófagos que tenían solamente un ojo en medio de la frente.

Después de haberse casado con Venus, diosa de la belleza, no encontró Vulcano en esta unión la felicidad que esperaba, pero Júpiter le indemnizó de los sinsabores que el amor le ocasionaba constituyéndole dios del fuego, honor al que tenía tanto más derecho cuanto que cada día veía salir de sus talleres alguna obra maestra.

A ruego de Tetis fabricó para uso de Aquiles un casco, una coraza y un escudo que fueron el asombro y el espanto de los soldados troyanos. Solicitado por Venus forjó las armas de Eneas; por orden de Júpiter modeló aquel maravilloso escudo de Hércules que ninguna fuerza humana podía mellar ni romper. Entre sus obras más notables merecen mencionarse el mágico collar que regaló a Hermione, esposa de Cadmio, el cetro de Agamenón y los veinte trípodes provistos de ruedas, que, por sí mismos y sin recibir impulso alguno, se trasladaban al anfiteatro donde se reunían los dioses.

Ordinariamente se representa a Vulcano en su fragua, bañado por abundante sudor, ennegrecida la frente por el humo, empuñando con una mano un martillo y con la otra el rayo, con el pecho siempre descubierto y llevando un extraño birrete. Su pelo y su barba aparecen en desorden.

Sus hijos principales son: Cecrops, fundador y rey de Atenas; Erictonio, que vino al mundo con las piernas torcidas y que inventó los carros para ocultar su deformidad; y el bandido Caco, a quien mató Hércules en Italia.

## **13. Marte**

MARTE, dios de la guerra, hijo de Júpiter y de Juno<sup>12</sup>, fue educado por uno de los Titanes, que le enseñó la danza y los ejercicios corporales. Antes que viniera al mundo, los hombres luchaban a la ventura,

---

<sup>12</sup> Así lo afirman Homero y Hesíodo, pero los poetas latinos cuentan que después que Júpiter hizo salir a Minerva de su cerebro, Juno hizo que Marte naciera del contacto de una flor en los campos de Olene, ciudad de Acaya.

armados solamente con garrotes y piedras, sin táctica y sin orden, Marte fijó reglas precisas para el ataque y la defensa, simplificó, en principio, el arte de matarse unos a otros, y el hierro que hasta entonces se destinaba a usos ordinarios fue transformado en espadas y puñales.

Marte desplegó un valor inaudito luchando contra los Gigantes, pero cayó en una emboscada y fue hecho prisionero por los hijos de Alóos, que le abandonaron en el fondo de un calabozo, donde gimió prisionero por espacio de quince meses. Libertado por Mercurio, volvió al Olimpo y allí se esforzó por agradar a Venus. Su traje guerrero, el brillo de sus armas, su valor heroico daban a Marte, a los ojos de la diosa, singular belleza; ésta sentía su vanidad sobremanera satisfecha al ver postrado a sus pies a quien sembraba el espanto en los ejércitos. Su esposo, el cojo Vulcano, no tardó en sentirse celoso, quejóse de ello a Júpiter y éste acogió su justa queja.

Marte abandonó el cielo, retiróse a Tracia y moró durante algún tiempo en este país, por el cual sentía especial estima y en el que era adorado como principal divinidad. De aquí marchó a Grecia; al llegar a Ática presencié los ultrajes que infería a su hija Alcipa el cruel Alirroccio, hijo de Neptuno, y no pudiendo contener su indignación mató al agresor. Neptuno citó a Marte para que compareciera ante un tribunal augusto que los atenienses acababan de instituir, para que fuese allí juzgado. El acusado expuso a los jueces el asunto con toda la simplicidad y franqueza de un soldado y se defendió con tal elocuencia, que fue absuelto. Entonces este tribunal tomó el nombre de Areópago<sup>13</sup>.

Sobrevino después la guerra de Troya dando con ello ocasión a que la bravura de Marte pudiera realizar nuevas proezas. Alistóse en las filas troyanas y allí combatió bajo las banderas de Acamas, rey de Tracia.

El culto de Marte se hallaba muy difundido, sobre todo entre los romanos, pueblo belicoso que consideraba a este dios como el padre de Rómulo y el protector del imperio. Numa Pompilio instituyó en honor de Marte un colegio de doce sacerdotes llamados salios, cuya principal misión consistía en velar por la conservación de los escudos sagrados. Cuando los cónsules partían para la guerra, iban al templo de Marte para orar y ofrecer sus votos, acercábanse solemnemente a la imagen del dios y tocando su lanza exclamaban: «¡Dios de la guerra, protege esta república!» En las fiestas que en su honor se celebraban, sacrificábanle un caballo, como símbolo del ardor militar, y a veces un lobo como emblema del furor. Le estaba especialmente consagrado el martín pescador por ser ave que tiene fama de valerosa.

Se representa a Marte bajo los rasgos de un hombre joven aun, de feroz mirada y andar precipitado. Su vestido es el de un guerrero; un casco protege su cabeza, y su pecho descubierto parece provocar los ataques del enemigo. Con su mano derecha blande una enorme lanza; con su izquierda sostiene un escudo o sacude un látigo. A sus pies aparece un gallo. Se le ve sentado en un carro tirado por fogosos corceles guiados por él mismo o por Belona.

Belona, diosa de la guerra y hermana de Marte, preparaba el carro que debía conducir a este dios al combate. Los poetas y pintores la representan en lo más reñido de la pelea, despeinada, armada con un látigo ensangrentado y enardeciendo el coraje de los soldados en lo más arduo de la batalla. Sus sacerdotes se llamaban belonarios. En las fiestas que dedicaban a su diosa, recorrían las calles como si fuesen hombres furiosos esgrimiendo en sus manos una espada o un cuchillo, con el cual se destrozaban

---

<sup>13</sup> Areópago quiere decir colina de Marte: Ares significa en griego Marte y pagos colina. En efecto, el Areópago se asentaba sobre la colina donde Marte pleiteara.

el cuerpo. Cuando habían terminado sus carreras y sacrificios, el pueblo se apretujaba a su alrededor para consultarles; y sus respuestas eran consideradas como oráculos.

La compañera inseparable de Belona era la Discordia, desterrada del cielo a causa de las continuas disputas y trastornos que entre los dioses promovía. Se representa a la Discordia con la cabeza cubierta de serpientes en lugar de cabellos, ostentando en una mano una antorcha y en la otra una culebra o un puñal.

#### **14. Apolo**

APOLO O FEBO, que conduce el carro del Sol, se toma muchas veces por el Sol mismo. Nació en la isla de Delos, que es una de las Cícladas; fue su madre Latona y su hermana Diana.

El primer combate que dio ocasión a que Apolo hiciera uso de sus flechas, fue cuando exterminó la serpiente Pitón, que devastaba la campiña de Tesalia. La piel de este animal servía para cubrir el trípode en que se sentaba la sacerdotisa de Delfos. Orgulloso Apolo con esta victoria, atreviéndose a desafiar al Amor y sus dardos. El hijo de Venus sacó de su carcaj dos flechas, una de las cuales terminaba en una punta de oro e infundía el amor, y la otra tenía la punta de plomo e inspiraba el odio o el desdén. Cupido dirigió la primera contra Apolo y disparó la segunda a Dafne, hija del río Peneo. Inmediatamente el dios sintió una violenta pasión por la hermosa ninfa, y ella, lejos de corresponder a sus ternuras, huyó rápidamente y se ocultó a sus miradas. Apolo corre tras ella, al través de la pradera por donde serpentea el río, y está ya a punto de alcanzar a Dafne cuando ésta, rendida por la fatiga, implora la ayuda de Peneo, que la transforma en laurel. Apolo sólo pudo estrechar entre sus brazos un tronco inanimado. Este árbol hizo desde entonces sus delicias; lo adoptó como símbolo, arrancó del tronco algunas ramas y con ellas tejióse una corona, queriendo así que en los siglos venideros el laurel fuese la halagadora recompensa por la que suspirasen los poetas, los artistas y los guerreros.

Otras desgracias le esperaban aún: presenció la muerte de su hijo Esculapio, famoso médico a quien Júpiter aniquiló con sus rayos, castigándole así por haber resucitado a Hipólito, hijo de Teseo. Apolo, que no se atrevía a tomar venganza en la propia persona de Júpiter, dio muerte a los Cíclopes que forjaban el rayo, pero esta atrocidad recibió el merecido castigo, pues el dios fue arrojado del cielo y condenado a vagar errante sobre la tierra, sujeto a los mismos infortunios y desgracias que los simples mortales. Entonces fue cuando Apolo se puso a sueldo del troyano Laomedón, y cuando buscó asilo junto a Admeto, rey de Tesalia, donde, convertido en simple pastor, guardó durante muchos años los rebaños de este príncipe leal y hospitalario.

**Jacinto**, hijo de Amidas, era el amigo íntimo de Apolo. Este dios, para gozar de su presencia más a menudo, se había prestado a enseñarle a manejar el arco y a tocar el laúd. Céfiro sentía por el joven Jacinto especial estima, sin conseguir ser de él correspondido; solamente para Apolo tenía éste pruebas continuas de confianza y afecto. Céfiro, a quien los celos atormentaban cruelmente hasta cegarle, no retrocedió ante el crimen.

Un día que el feliz rival jugaba con Jacinto, Céfiro desvió el disco y lo dirigió contra la sien del joven con tal violencia que le causó la muerte. En vano aplicó Apolo sobre la herida las plantas de más reconocida virtud curativa; su amigo expiró a los pocos momentos y fue transformado en una flor que lleva el nombre de jacinto.

Apolo reunía cuanto se necesita para agradar: a las cualidades del espíritu se unían la belleza del cuerpo, la lozanía de la juventud, una voz encantadora y un porte majestuoso; pero a pesar de tantas perfecciones no conseguía lograr el amor de mujer alguna. Coronis, Deífobo, Casandra y otras mujeres le despreciaron y aun su talento fue tenido en poco por un sátiro llamado Marsias.

**Marsias**, natural de Frigia, era un músico notable que habiendo hallado junto a una fuente la flauta que Minerva arrojara, supo modular con ella dulcísimos sonidos. Orgulloso de los elogios de que era objeto, se atrevió a lanzar a Apolo un insultante desafío, que le fue aceptado, pero bajo la condición de que «el vencido se pondría a disposición del vencedor». Los habitantes de Nisa fueron designados jueces del pleito. Marsias fue el primero que, colocándose en medio de la multitud, arrancó a su flauta sonos maravillosos, con los que imitaba a la vez el gorjeo de los pájaros, el murmullo de las fuentes, la voz imperceptible de los ecos, los silbidos del huracán, el alegre vocerío de los borrachos. La asamblea maravillada aplaudió entusiastamente, y Apolo, sin dejarse deslumbrar por estas clamorosas demostraciones de aprobación, acompañándose con su lira impuso silencio entonando un prelude melancólico. Después se entregó al arrobamiento que su arte le producía, e infundió en todos los corazones el delirio de la más delicada sensación estética. Apolo tejió su canto con estas palabras: «Ariadna abandonada en una isla desierta, Ariadna plañidera y gemebunda, Ariadna que se reprochaba haber abandonado a su padre, su hermana y su patria por un amante voluble, Ariadna que tenía por únicos testimonios de su pena los peñascos insensibles y las olas en perpetuo mugido, Ariadna, en fin, cuya llama sobrevivía aún a la traición del pérfido ateniense»<sup>14</sup>. Las lágrimas brotaron de los ojos de todos los presentes y le adjudicaron el triunfo. Pero su crueldad empañó la gloria a que se había hecho acreedor; cogió a Marsias, atóle al tronco de un abeto con las manos ligadas a la espalda, y lo desolló vivo. Su muerte causó duelo universal. Los Faunos, los Sátiros y las Dríades, le lloraron amargamente, y sus abundantes lágrimas engendraron un río de Frigia que por esto recibió el nombre de Marsias.

Después de un largo destierro, Apolo fue llamado de nuevo al Olimpo y Júpiter le repuso en su primer cargo.

Apolo es, entre todos los dioses, al que los poetas han atribuido mayores maravillas. Era el dios de la Medicina, el creador de la Poesía y de la Música, el protector de los campos y de los pastores y el que en más alto grado poseyó el conocimiento del porvenir. Grecia e Italia sentían respeto por sus oráculos, siendo los más célebres los de Délos, Tenedos, Claros, Patara y sobre todo el de Delfos. Los habitantes de la isla de Rodas levantaron en su honor una colosal estatua de bronce que era considerada como una maravilla.

Apolo, en su cualidad de dios de la poesía, instruía a las Musas y con ellas convivía, ya en las cimas del Parnaso, del Helicón y del Pindo, ya en las orillas floridas del Permeso y de la fontana Hipocrene.

Como dios de las artes, le representan bajo la figura de un joven imberbe, flotantes los cabellos, con una lira en la mano y ceñida la frente por una corona de laurel. Como dios de la luz le representan coronado de rayos, recorriendo los cielos montado en un carro tirado por cuatro caballos blancos.

Sus hijos más renombrados fueron: Aurora, Esculapio, la famosa maga Circe, Lino, que fue maestro de Orfeo, y Faetón, cuya trágica muerte merece ser referida aparte.

---

<sup>14</sup> Véase Teseo, sección III, § 12.

**Faetón**, hijo de Apolo y Clímene, tuvo cierto día un vivo altercado con Epafo. En el calor de la disputa llegaron a injuriarse con palabras duras y Epafo se atrevió a reprochar a Faetón que no era hijo del Sol. «Tu origen no nos es desconocido —le dijo—, tu frágil madre ha fingido unos amores divinos para legitimar mejor su desarreglada conducta.» Ultrajado Faetón por este reproche, corre a casa de Clímene y muy emocionado exclama: «Alguien ha puesto en duda lo celestial de mi nacimiento y aun ¡oh madre! se ha atrevido a atacar vuestro honor. Vengaos y vengadme, o si no decidme lo que procede hacer en tal caso». Al momento fue concebido el plan conveniente. La madre aconseja a Faetón que pida al Sol que le permita guiar su carro aunque sea por un solo día a fin de poder así probar a sus calumniadores su celestial alcurnia. Faetón acude a la morada del Sol, le refiere la afrenta que le ha sido inferida y le suplica que le conceda un favor que pueda demostrar al mundo entero que es realmente su hijo.

El Sol, que sentía por Faetón tierno afecto, juróle por la laguna Estigia que ninguna de sus peticiones sería desatendida. «Pues bien, padre mío —le dijo—, dejad que por un solo día conduzca yo el carro de la luz: por esta prueba de vuestra ternura conocerán mis enemigos que sois el autor de mi ser.» Febo había jurado por las aguas estigias y su juramento debía ser irrevocable.

Intentó, pues, disuadir a su hijo de una empresa tan peligrosa, pero viendo que todas sus objeciones resultaban inútiles y que el joven se obstinaba más y más, llama a su presencia a las Horas matinales y éstas acuden precedidas de la Aurora; enganchan los corceles al carro del Sol, Faetón sube a él lleno de orgullo, empuña las riendas centelleantes y apenas se digna escuchar a su padre que le advierte: «En tu vuelo, no seas excesivamente tímido o demasiado audaz; evita llegar al Cielo o descender hasta la Tierra; sigue un camino equidistante, único que te conviene».

Apolo hablaba aún y el presuntuoso Faetón se cernía ya veloz a través de la bóveda azulada. Los impetuosos corceles, que no sentían la mano de su amo, se desviaron del camino acostumbrado y tan pronto se elevaban demasiado, amenazando abrasar el cielo con su fuego, como descendían excesivamente secando el agua de los ríos. Entonces fue cuando los etíopes tomaron el tinte negro que aun hoy conservan y desde aquel momento los desiertos de África perdieron para siempre su vegetación.

La Tierra, calcinada hasta lo más profundo, gime, se agita, levanta hasta el cielo su cabeza ardiente y conjura al rey de los dioses a que ponga fin a tales tormentos... Alarmado Júpiter, echa mano del rayo y mata al hijo de Clímene. Y mientras los corceles acaban al azar la carrera del día, Faetón, juguete de los vientos y los rayos, cae hecho un torbellino en el Erídano. Sus hermanas no pueden sobreponerse a su desesperación y quedan convertidas en álamos. Cieno, amigo de Faetón, sucumbe al peso de su dolor y es transformado en cisne.

Dos moralejas se deducen de esta fábula: Faetón representa un ambicioso que acomete empresas superiores a sus fuerzas; el Sol es la imagen de los padres excesivamente débiles que no se atreven a negar nada a sus hijos y les ocasionan la muerte por una tonta condescendencia.

## 15. Diana

DIANA, hija de Latona y hermana de Apolo, era la reina de la caza. Entregada a este ejercicio varonil, acabó por volverse insensible a las delicadas inclinaciones propias de su sexo. Ninguno de los pretendientes que intentaron conseguir su amor pudieron lograrlo, y por eso ha sido otorgado a Diana

el sobrenombre de casta. La historia de Endimión no contradice en un punto lo que acabamos de exponer.

**Endimión**, pastor de Caria, había obtenido de Júpiter el privilegio de no envejecer jamás y conservar hasta el fin de sus días la lozanía y frescura juveniles. Una noche que Diana a la claridad de la luna vio al pastor dormido sobre el monte Latmos, quedó tan prendada de su belleza, que durante largo rato, llena de admiración recreó en él su mirada. Esto es lo que la fábula refiere; la verdad es que Endimión, que era un sabio astrónomo de la Caria, muy a menudo pasaba la noche en la cima de las montañas entregado a la observación y al cálculo de la marcha de los astros. La Luna, o sea Diana, iluminaba sus prolongadas vigiliás, durante las cuales, agotado ya por el trabajo, se rendía algunas veces en brazos del sueño. Por lo que dice la fábula de que Endimión no envejecía jamás, resulta ser verdad, porque el genio y la ciencia pueden hacer al hombre inmortal.

Pero esta misma diosa, acostumbrada como estaba a dar caza a los más feroces animales empapando muchas veces la tierra con su sangre, tenía, por esta misma razón, un carácter salvaje y se entregaba sin escrúpulo a cualquier acto inhumano, de lo cual es ejemplo palpable la muerte de Acteón.

**Acteón**, hijo de Aristeo y Autonoe, no tenía otra afición que la caza. Un día, después de haber matado innumerables animales salvajes sobre el monte Citerón y cuando el Sol era más ardiente, llama junto a sí a sus compañeros, que corriendo al través de los bosques se entregaban aún con ardor a su diversión favorita: «Alegraos de vuestra jornada —les dijo—, recoged vuestras tiendas y no os fatiguéis ya más». Obedecieron todos y se entregaron al descanso. Allí cerca se extendía el valle de Gargafia, consagrado a Diana. Era un paraje lleno de encantos, sombreado de pinos y cipreses bajo cuyas ramas corría el agua fresca y límpida entre dos riberas esmaltadas de flores. Allí Diana, cansada de sus largas correrías, acababa de llegar con las ninfas que formaban su séquito, con el propósito de bañarse. Acteón, que vagaba por el bosque sin rumbo fijo, tuvo la desgracia de penetrar en este vallecito y acercarse al mismo riachuelo. Las ninfas al advertir el ruido y viendo que el ramaje se estremecía, lanzan un grito de espanto. Diana se indigna contra el cazador temerario y recogiendo en el hueco de su mano el agua de la corriente, se la echa a la cara; en aquel mismo momento su cabeza aparece coronada por cuernos arborescentes, su cuello se prolonga, sus brazos se convierten en piernas largas y delgadas y todo su cuerpo queda cubierto de un pelo jaspeado; en definitiva, queda convertido en ciervo. Sus perros al descubrirle, le acometen. El quiere gritarles: «¡Yo soy Acteón, reconoced a vuestro amo Acteón!», pero su garganta no puede proferir palabra ni articular sonido alguno, muriendo destrozado por los mismos perros que había amaestrado y alimentado y que poco antes saltaban de alegría a su alrededor prodigándole las más tiernas pruebas de cariño.

Los habitantes de la Taurida (llamada hoy Crimea), que veneraban a Diana como divinidad predilecta, cuidaban de complacerla degollando sobre sus altares a todos los extranjeros que alguna tempestad arrojaba a sus costas.

Esta diosa tenía en Aricia un templo servido por un sacerdote que podía solamente obtener este cargo dando muerte a su predecesor<sup>15</sup>. Los lacedemonios le ofrecían todos los años víctimas humanas hasta que vino el sabio Licurgo, quien sustituyó esta horrible costumbre por la flagelación.

---

<sup>15</sup> Este templo de Aricia fue levantado y consagrado a Diana por Hipólito, hijo de Teseo, después que Esculapio le hizo resucitar y Diana le transportó a Italia.

En la tierra recibía esta diosa los nombres de Diana o Delia<sup>16</sup>, en el cielo se le daba el nombre de Luna o Febe, y el de Hécate o Proserpina en los infiernos. De aquí que Diana fuese también denominada diosa triple, triple Hécate, diosa de tres formas (triforme), nombres que algunas veces hallamos en los poetas, y que se le ofrecieran los sacrificios en las plazas o lugares en que convergían tres caminos.

Diana es representada armada de un carcaj y un arco acompañada de una jauría; sus piernas y sus pies aparecen desnudos o calzados con sandalias. Es fácil reconocerla por la media luna que ostenta en la frente o por el traje de cazadora. Aventajaba en estatura a todas las ninfas de su corte. En algunas obras de arte ha sido representada en compañía de una cierva, animal que le estaba especialmente consagrado.

## **16. Mercurio**

MERCURIO, nacido en Arcadia, sobre el monte Cilene, era hijo de Júpiter y de Maya. El mismo día de su nacimiento se sintió ya tan apuesto y robusto que luchó con Cupido, derribóle con una zancadilla y le robó su carcaj.

Mientras los dioses le felicitaban por su victoria, hurtó la espada de Marte, el tridente de Neptuno, el ceñidor de Venus y el cetro de Júpiter, y estaba a punto de escamotear el rayo si el temor de quemarse los dedos no se lo hubiera impedido.

Tanta bribonada y audacia hicieron que fuese arrojado del cielo y entonces vino a la tierra y fijó su residencia en Tesalia, donde pasó su adolescencia y su juventud. El desterrado Apolo se dedicaba entonces a guardar los bueyes del rey Admeto, cuando a Mercurio, que también era como él pastor, parecióle cómodo procurarse un rebaño sin gasto alguno. Aprovechóse para ello de un momento en que Apolo sumido en tierno delirio recordaba sus amores pastoriles tocando la flauta, y entonces Mercurio desvió adrede sus bueyes del lugar en que pacían y se los llevó escondiéndolos en lo más espeso de un bosque. Estos múltiples latrocinios hicieron que fuese considerado como el dios de los ladrones y de los tramposos.

Entre tanto, Apolo, que había descubierto ya el autor del robo, enfadóse sobremanera. Hechas las paces, Apolo recibió de Mercurio una lira de tres cuerdas y a cambio de ella dióle Apolo una varilla de avellano que tenía la propiedad de apaciguar las querellas y reconciliar a los enemigos. Para cerciorarse Mercurio del poder de este talismán, lo interpuso entre dos serpientes que luchaban encarnizadamente y al momento las dos se enroscaron alrededor de la varilla y allí quedaron entrelazadas formando el caduceo, que es el principal atributo de Mercurio.

El haber llevado Mercurio vida pastoril largo tiempo en Tesalia hizo que fuese adorado allí como dios de los pastores, y la circunstancia de haber inventado la lucha y los ejercicios corporales, en los que sobresalía siempre, le hicieron pasar por el dios de los atletas.

Poco satisfecho Mercurio con tan vulgares honores, aspiró a más brillantes triunfos: recorrió las grandes ciudades, salió a la plaza pública y allí mostróse hábil en el arte de la elocuencia. Los oradores y los retóricos se pusieron bajo su protección y fue considerado como el dios de las artes liberales y de las bellas letras. Queriendo juntar lo útil a lo agradable, dedicóse a los negocios, perfeccionó el comercio y

---

<sup>16</sup> Delia quiere decir nacida en la isla de Delos.

el cambio, inventó los pesos y medidas y al poco tiempo su nombre fue honrado por los mercaderes y negociantes que le llamaron el dios del comercio. El destierro de Mercurio producía en la corte celestial un sensible vacío; por eso fue nuevamente llamado a ella, y puesto que mientras vivió sobre la tierra había demostrado superior destreza e inteligencia, Júpiter le constituyó su ministro, su intérprete y el mensajero del Olimpo. Cumpliendo los deberes de su cargo, Mercurio ejecutaba los encargos de los dioses, sus negociaciones públicas o secretas, importantes o frívolas, y asumía a la vez el oficio de criado, escanciador, espía, embajador, satélite y verdugo. Cumpliendo órdenes de los dioses dio muerte al inoportuno Argos, encadenó a Prometeo sobre el monte Cáucaso, libertó a Marte de la prisión en que le habían encerrado los Gigantes, condujo a Baco hasta donde se hallaban las ninfas de Nisa, acompañó a Plutón cuando este dios llevó a cabo el rapto de Proserpina y... largo sería enumerar todos los pormenores de su actuación.

Aun cuando parece que tan numerosas ocupaciones habían de absorberle por entero tiempo y fuerzas, sin embargo, era aún Mercurio el encargado de conducir hasta los infiernos las almas de los muertos y asistir al juicio supremo a que, ante el tribunal de Minos, eran sometidas; era él también quien conducía de nuevo estas almas a la tierra cuando habían transcurrido mil años desde que de ella les arrancara la muerte, y las introducía en cuerpos nuevos.

Se representa a Mercurio en la figura de un hombre mozo, listo, sonriente y cubierto con un pequeño manto. Tanto su bonete como su caduceo están provistos de alas, como también sus tacones, para indicar que es el mensajero de los dioses. De su boca sale en algunas imágenes una cadena de oro para significar con qué poder un orador experto encadena las voluntades de sus oyentes; su mano derecha empuña el caduceo, como emblema de un ministro plenipotenciario y conciliador, y en su izquierda lleva una bolsa como símbolo del dios protector de los comerciantes. Son atributos suyos el gallo y la tortuga, significando el gallo la vigilancia, tan necesaria en el cumplimiento de diversas e importantes funciones; la tortuga recuerda que Mercurio fue quien inventó la lira, que en un principio fue hecha con placas de este reptil.

En los caminos de gran tránsito figuraban de trecho en trecho estatuas de forma cuadrada que representaban a Mercurio y servían para la delimitación de los campos o para señalar el camino a los viajeros extraviados. Estas estatuas, llamadas en griego **Hermes**, se colocaban también en el centro de las encrucijadas y tenían tantas caras como caminos a tal sitio convergían. En los sacrificios que a Mercurio se dedicaban ofrecíanle miel, leche y sobre todo la lengua de las víctimas, ya que era considerado como el dios de la elocuencia.

### **17. Baco**

BACO, dios del vino, era hijo de Júpiter y Semele; nació en la isla de Naxos y Mercurio le llevó a Arabia a la mansión de las ninfas de Nisa, que cuidaron de alimentarle en aquellas montañas. Sileno le enseñó a plantar la viña y las Musas le instruyeron en el canto y la danza.

Cuando los Gigantes escalaron el cielo, Baco, tomando la forma de un león, luchó contra ellos con tanto éxito como bravura. Júpiter le excitaba a la lucha gritándole: ¡Evohé! ¡Evohé! ¡Valor, hijo mío, valor!

Llegado Baco a su mayor edad, emprendió la conquista de la India. Formaba la expedición un grupo de hombres y mujeres que no tenían otras armas sino tirsos, címbalos y tambores; a su cabeza iba el mismo Baco. Pan, Sileno, los Sátiros, los coribantes y Aristeo, que inventó la miel, formaban su séquito. Esta

conquista no costó una gota de sangre: los pueblos se sometían gozosos a un conquistador tan humano que les daba leyes sabias, les enseñaba el arte de cultivar el campo y les iniciaba en la elaboración del vino. Un día que atravesaba los arenosos desiertos de Libia, sintiéndose acosado por una sed ardiente, imploró la ayuda de Júpiter y al momento el príncipe de los dioses hizo surgir un carnero que condujo a Baco y sus huestes a una fuente de límpidas aguas donde pudieron apagar la sed. Lleno de gratitud mandó levantar en aquel lugar un templo en honor de Júpiter-Ammón, que pronto se hizo célebre, y a él acudían de todas las partes del mundo infinidad de adoradores, por más que, para llegar hasta allí, fuese preciso atravesar un desierto inmenso y abrasador.

Cuando Baco volvió a Grecia desposóse con una de las hijas del sabio Minos, rey de Creta, llamada Ariadna, que había sido abandonada por Teseo en la isla de Naxos<sup>17</sup>.

A pesar de su natural benevolencia, Baco castigó sin reparos a todos aquellos que se negaron a reconocerle por dios o que se mostraron ingratos a sus beneficios. Las Mineidas y Licurgo experimentaron los fatales efectos de su ira.

Las **Mineidas** eran tres: Iris, Climena y Alcitoe. Diestras en las labores del bordado y la tapicería buscaban en el trabajo su más placentero entretenimiento. Por aquel entonces debía tener lugar la solemne festividad de Baco, en la cual todos los habitantes de Orcomenes tomaban parte. Solamente las Mineidas, despreciando el extraño culto, no quieren abandonar sus lanzaderas ni sus husos, mostrándose más exigentes que de costumbre con sus esclavas, y queriendo mofarse del traje exótico de las bacantes, ridiculizan las pieles con que se disfrazan, el tirso que agitan en el aire y las coronas con que ciñen su frente. Ni los consejos de sus padres ni las amonestaciones de los sacerdotes ni las amenazas con que les conminan en nombre de Baco pueden apartarlas de su resolución; muéstranse más y más obstinadas en no interrumpir su trabajo y, valiéndose del pretexto de complacer a Minerva, diosa de las artes, roban a Baco las horas que le están especialmente dedicadas.

De repente y sin que vean a nadie, perciben las Mineidas un confuso estrépito de tambores, flautas y trompetas; invade su estancia un fuerte olor de mirra y azafrán, cúbrese de verdor la tela que ellas tejen y brota entre sus telares un tronco de vid; el palacio se estremece y tiembla; paréceles como si en sus habitaciones brillaran antorchas encendidas y escuchar el aullido de bestias feroces. Asustadas ante este prodigio y envueltas por una nube de humo, las Mineidas intentan huir, y mientras se afanan por buscar el rincón más escondido de su palacio para ocultarse, advierten que una piel finísima cubre sus miembros y junto a cada uno de sus brazos nacen unas alas pequeñas y transparentes. Entonces pueden ya sostenerse en el aire aunque carezcan de plumas, y cuando pretenden hablar sólo pueden arrancar de su garganta un grito horrisono que es ya la única voz que les queda. Convertidas en murciélagos rondan alrededor de las casas, pero no habitan nunca en los bosques; huyen de la luz y aprovechan la oscuridad de la noche para salir de sus guaridas y tender el vuelo.

**Licurgo**, rey de los edones de Tracia y amigo de Baco, había ayudado a este dios a plantar la viña en las riberas del río Estrimón; pero un día que había bebido excesivamente, ignorando los efectos del nuevo licor, emborrachóse profiriendo entonces insultos contra su madre y apaleando a su hijo. Desde este momento declaróse enemigo irreconciliable del vino, opúsose con todas sus fuerzas a la propagación de

---

<sup>17</sup> Según se desprende de otra versión totalmente diferente. Ariadna, traicionada por Teseo, se dio la muerte. Racine hace alusión a este suceso en sus versos de la tragedia Fedra (acto 1, escena III), cuando este personaje dice: "Ariadna, hermana mía, ¡por qué amor herida moriste en la orilla donde fuiste abandonada!".

la vid, cortó las cepas que tapizaban las laderas de su territorio y dio a sus súbditos la orden de que siguieran su ejemplo. Baco no pudo ver impasible actos que él consideraba impíos, y arrancando de su corazón los sentimientos de amistad que le unían a Licurgo, mandó que este rey fuera arrastrado hasta lo más profundo de los bosques del monte Pangeo, y después de haberlo sujetado a un árbol lo abandonó a las bestias feroces.

Las fiestas de Baco se llamaban **orgías** o **bacanales**, y las mujeres que tomaban parte en ellas recibían el nombre de bacantes, ménades, tíades y basárides.

Un rito principal de estas fiestas consistía en vestirse con pieles de machos cabríos, tigres y otros animales, ya domésticos ya salvajes. Los que en ellas tomaban parte pintarrajeábanse con sangre, con heces de vino tinto o con jugo de moras. Disfrazábanse como si se hubiera tratado de celebrar una mascarada; corrían de acá para allá gritando estentóreamente como si estuvieran frenéticos y rivalizando en el escándalo y en la locura. Para remedar la persona del dios Baco escogíase un corpulento mancebo bien puesto de carnes y jacarero, el cual se instalaba en un carro tirado por los fingidos tigres, mientras que los machos cabríos y las cabras brincaban a su alrededor a modo de faunos y sátiros. El anciano que representaba a Sileno iba montado en un asno a la retaguardia del cortejo y por su talante grotesco excitaba la risa de los espectadores. Estas fiestas tumultuosas se celebraban principalmente en Tebas y en la cima del monte Citerón, y también en Tracia sobre los montes Ismare y Rodope.

**Penteo**, rey de Tebas y nieto de Cadmo, veía con profundo dolor las desenfrenadas licencias a que las orgías daban lugar, y queriendo, al fin, acabar con ellas, se personó un día sobre el monte Citerón resuelto a castigar a las bacantes y su abominable cortejo; pero las furiosas mujeres, entre las cuales se hallaban su madre Agave y sus tías, se echaron sobre él y lo mataron.

Baco es representado bajo la figura de un joven imberbe, fresco, mofletudo, coronado de hiedra o pámpanos, llevando un tirso en la mano, o bien un racimo de uvas o una copa; una piel de leopardo le sirve de vestido. A veces aparece descansando a la sombra de una parra, otras sentado sobre un tonel; en ocasiones le representan montado en un carro tirado por tigres y leones y muy a menudo le pintan provisto de cuernos como símbolo de fuerza y poder. Los griegos le inmolvaban la urraca, porque el vino produce indiscreción y sobre todo porque este animal destruye los botones de la vid. La hiedra era su planta favorita, por creerse que tenía la virtud de impedir la borrachera o de aminorar sus abominables efectos. Entre los nombres aplicados a Baco por los griegos y por los romanos, merecen ser conocidos los seis principales. El nombre de *Dioniso* o *Dionisio* que se le da, es una palabra de origen muy discutido; llámanle también *Liber*, o sea libre, porque el vino, alegrando el espíritu del hombre, te libra momentáneamente de toda preocupación y le da cierta libertad de palabras y acciones; *Evius*, palabra sacada de la exclamación ¡Evohé! que empleara Júpiter para animar a su hijo mientras luchaba contra los Gigantes; *Iacchus* que proviene de un verbo griego que significa gritar, vociferar, por el que se quería indicar el clamor de los borrachos y los ensordecedores estrépitos que resonaban en las tabernas; *Thyoneus*, del nombre Thyoné que llevó Semele, madre de Baco, después que Júpiter la retornó a la vida y fue admitida en la mansión de los inmortales; finalmente *Leneus*, es decir, dios de los lagares, por ser de ellos el inventor.

Algunas veces los poetas le han aplicado el sobrenombre de amante de Erigona, elegante denominación cuyo origen es el siguiente:

**Erigona**, hija de Icario, rey de Laconia, era hermana de Penélope, y, como ella, tenía un carácter tímido, circunspecto y reservado. Cuando Baco recorría los diversos países de Grecia, detúvose un día en los estados de Icario, al que enseñó el arte de mejorar el cultivo de la vid y obtener plantíos de superior calidad. Erigona, que era entonces joven y hermosa, cautivó al momento el corazón del dios, quien apeló a todos los medios para agradaarle y desplegó todos los recursos de un espíritu jovial y los encantos de una conversación amena y chistosa para hacerse amable a los ojos de la doncella. Pero ¡ay! perdía el tiempo. El porte rumboso del dios vendimiador, su tono caballeresco, sus originales ocurrencias, sus eternas coplas, resultaban en extremo antipáticas a la modesta joven, la cual se sentía más distanciada del dios cuanto más persistentes eran sus homenajes. Apenas pronunciaba palabra para hacerle alguna declaración o una simple cortesía, sonreíase ella compasivamente y dejaba al dios que acabara solo su arenga. Parecía perdida ya toda esperanza de que las palabras del dios merecieran atención alguna, y el vencedor de la India, vencido a su vez por aquella mujer, iba a partir con el alma acongojada, cuando se dio cuenta de que a Erigona le gustaban las uvas locamente y de que se escapaba todas las tardes para ir al campo y hartarse de ellas a su gusto. Al descubrir esta afición de la joven, corre a la viña de Icario, colócase junto al camino por donde la princesa ha de pasar y toma la forma de un espléndido racimo encarnado prendido a una vid. Llega Erigona y al ver a la luz del crepúsculo el racimo tentador, corre hacia él y lo arranca. Baco retorna inmediatamente a su anterior estado y consigue al fin que la bella indiferente se digne escuchar su declaración tantas veces empezada y no acabada jamás.

### **18. La Aurora**

La AURORA, mensajera del Sol, precede al nacimiento del día. Los poetas la describen montada en un carro rutilante, tirado por cuatro caballos blancos. Con sus rosados dedos abre las puertas de Oriente, esparce sobre la tierra el rocío y hace crecer las flores. El sueño y la noche huyen a su presencia, y a medida que ella se acerca, las estrellas desaparecen. La Aurora sintió por Titón un amor tan tierno que rogó a Júpiter que concediese a este príncipe la inmortalidad<sup>18</sup>. Sus ruegos fueron atendidos, pero como ella se olvidó de pedir también que Titón no envejeciera jamás, al llegar a edad muy avanzada se sintió tan caduco y enfermo que fue preciso fajarlo y mecerlo en la cuna como un niño. Entonces la vida le pareció un peso tan insoportable, que prefirió morir, siendo convertido en cigarra.

### **19. Jano**

JANO, el rey más antiguo del Lacio, era natural de Tesalia. Cuando llegó a las orillas del Tíber, los habitantes de aquellos salvajes lugares vivían sin religión y sin leyes. Jano suavizó la brutalidad de sus costumbres, los agrupó y formó ciudades, dióles leyes y les hizo experimentar los encantos de la inocencia inculcándoles el amor a la justicia y a la honestidad. Cuando Saturno fue arrojado del cielo, escogió el Lacio por morada y Jano llevó su generosidad con él hasta asociarle a su imperio. Saturno a su vez le dotó de sagacidad tan extraordinaria que lograba conocer el pasado, el presente y el porvenir.

Jano es representado en la figura de un joven que tiene dos y a veces cuatro caras; en su mano derecha ostenta una llave, pues fue él quien inventó las puertas, y en la izquierda un báculo para indicar el

---

<sup>18</sup> Titón era hijo de Laomedón y hermano de Príamo.

dominio que ejercía sobre rutas y caminos. En toda ceremonia religiosa era el primero en ser invocado y se le ofrecían sacrificios sobre doce altares para recordar los doce meses del año.

Numa levantó en Roma un templo que permanecía cerrado en tiempo de paz y era abierto tan pronto como la guerra estallaba. Entonces los caudillos de la nación, los magistrados y los pontífices acudían solemnemente al templo de Jano, descolgaban de las bóvedas del santuario los escudos sagrados, y los agitaban y golpeaban cadenciosamente exclamando a coro: ¡Marte, Marte, despierta! Cuando se daban por terminadas las hostilidades se cerraban de nuevo las puertas, no de una manera ordinaria, sino por medio de enormes barras de hierro y valiéndose de cien cerrojos para que resultase cosa larga y difícil pretender abrirlas y para que el pueblo comprendiese que la guerra, fuente de infinitas calamidades, no debe ser emprendida sin que existan poderosos motivos y sin haberlo antes reflexionado seriamente.

## **20. Las Musas**

Las MUSAS, hijas de Júpiter y Mnemósine, protegían las artes, las ciencias y las letras. Cuéntanse ordinariamente nueve; Calíope, Clío, Melpómene, Talía, Euterpe, Terpsícore, Erato, Polimnia y Urania.

Nacieron en la cumbre del Píero y moraron sucesivamente en el Parnaso de doble cima, en la Fócida, en el Pindo, en Tesalia, en el Helicón y en Aonia o Beocia. El caballo Pegaso servíales de cabalgadura. Júpiter las reclamaba muy a menudo su lado en el Olimpo y allí cantaban las maravillas de la naturaleza, alegrando con sus armonías a la corte celestial. Complacíanse también en habitar en las riberas del río Permeso y junto a las fuentes de Castalia, Hipocrene y Aganipe.

Un día que, vagando por los campos, se habían alejado mucho de sus moradas, fueron sorprendidas por un vendaval que las obligó a buscar un lugar donde refugiarse. Pireneo, rey de la Fócida, salióles al encuentro y les ofreció asilo en su palacio. Aceptaron ellas agradecidas, pero apenas hubieron pasado el umbral de la regia mansión, se cerraron las puertas y quedaron esclavas del tirano.

Creíase Pireneo amo y señor de tan rica presa y había escogido ya la que debía ser su primera víctima, cuando revistiéndose súbitamente de alas, las nueve hermanas levantan el vuelo y huyen con la ligereza de los pájaros. Pretendiendo Pireneo alcanzarlas sube a la estancia superior de su palacio, lánzase en su persecución, cae y se mata. En otra ocasión, las Piérides, hijas de Píero, rey de Macedonia, orgullosas por creerse dotadas de excepcional talento en la música y la poesía, atravesaron la Tesalia y parte de Grecia para disputar a las Musas la primacía del canto. «Si sois vencidas —dijeron a las hijas de Mnemósine— nos cederéis el Parnaso y las floridas riberas del Hipocrene; pero si obtenéis la victoria os daremos los valles de Macedonia y buscaremos un asilo en los montes nevados de la Tracia.» Aceptaron las Musas el desafío y las Piérides comenzaron su canto celebrando con versos largos y monótonos el combate de Júpiter y los Gigantes, prodigando desmesuradas alabanzas a la bravura de los hijos de la Tierra. Su canto brotaba sin vida, sin color, sin trabazón ni concordancia. Calíope se encargó de responderlas y tejó un himno al poder infinito del señor del universo, que con un soplo da vida a la creación y con una mirada reduce todos los seres a la nada. Después cantó la historia de Ceres, su eterno vagar, su solicitud maternal, sus alternativas de temor y esperanza y los numerosos beneficios por ella prodigados, que le hicieron digna de tantos templos y altares como se levantaron en su honor.

Apenas hubo acabado su canto, las ninfas que debían ejercer de jueces le otorgaron la victoria. Las hijas de Píero prorrumpieron entonces en fuertes protestas agrediendo a sus rivales, pero al momento sus cuerpos se cubrieron de plumas negras y blancas y quedaron convertidas en urracas, yendo a posarse en

los árboles vecinos. Bajo esta nueva forma conservan ellas el mismo temperamento y persisten en ser charlatanas e importunas.

Los atenienses, apasionados amadores de la poesía, levantaron a las Musas un suntuoso altar. Roma les consagró tres templos, en uno de los cuales eran invocadas bajo el nombre de **Camenes** o cantoras porque celebraban en sus himnos las hazañas de los dioses y los héroes. Los poetas las llaman ya *Piérides*, por haber nacido en el monte Piero o por su victoria sobre las hijas de Piero, ya las Doctas *Hermanas*, las Ninfas de la doble colina, las hijas de la Memoria, las Nueve Hermanas, etc. Las representan jóvenes, bellas, modestas, vestidas con sencillez, sentadas a la sombra de un laurel o de una palmera dándose las manos.

Algunas veces se nos muestran presididas por Apolo pulsando la lira, el cual recibe entonces el sobrenombre de Musagetes, o sea guía o jefe de las Musas.

**Calíope** patrocinaba la poesía heroica; por esto es representada a veces con una corona de laurel en sus sienes. En una de sus manos ostenta una trompeta o muestra las mejores poesías épicas, la *Ilíada*, la *Odisea* y la *Eneida*.

**Clío** presidía la historia. Era su principal ocupación mantener siempre vivo el recuerdo de los actos generosos y de los grandes triunfos. La representan, como Calíope, coronada de laurel, con una trompeta en su diestra o un libro abierto en la mano izquierda.

**Melpómene** inspiraba la tragedia. Aparece ricamente vestida, grave el continente y severa la mirada; con una mano empuña un cetro o una máscara, y a veces algunas coronas o un puñal ensangrentado. Lleva en su frente una diadema o una guirnalda, y va calzada con coturnos. Algunas veces se apoya sobre una maza para indicar que la tragedia es un arte difícil que exige un genio privilegiado y una imaginación vigorosa.

**Talía**, musa de la comedia, lleva en la mano una careta. Tiene el aspecto vivaracho y la mirada burlona; una corona de hiedra<sup>19</sup> circunda su cabeza y lleva los pies calzados con sandalias.

**Euterpe**, nombre que quiere decir agradable genio, era la musa de la música. Suelen representarla coronada de flores y con una flauta en la mano.

**Terpsícore** dirigía la danza. Su aire jovial, su esbeltez, su actitud ligera, algunas guirnaldas de flores y una lira: he aquí sus características.

**Erato** inspiraba la poesía lírica y amorosa. Algunos representan a esta Musa coronada de mirto y rosas, llevando en la mano derecha un laúd, instrumento de varias cuerdas, por ella inventado, o una flecha. A sus pies han puesto algunos artistas dos tórtolas picoteando y a su lado un Amor alado provisto de un arco, un carcaj o una antorcha encendida.

**Polimnia** patrocinaba el canto y la retórica. Suelen representarla vestida de blanco, en actitud de pensar. En la mano sostiene a veces un cetro o unas cadenas como símbolo del poder que ejerce la elocuencia.

**Urania**, musa de la astronomía, tiene cerca de sí un globo terráqueo, que mide con un compás. Las estrellas forman su corona y de ellas aparece también cuajado su manto. A sus pies se hallan esparcidos algunos instrumentos de matemáticas.

---

<sup>19</sup> La hiedra, planta que se mantiene siempre verde, es el emblema de la inmortalidad a que aspiran los poetas.

### **21. El Destino. Las Parcas**

El DESTINO es un dios ciego, hijo del Caos y de la Noche. Tiene bajo sus pies el globo terráqueo y en sus manos la urna fatal que encierra la suerte de los mortales. Sus decisiones son irrevocables y su poder alcanza a los mismos dioses. Las Parcas, hijas de Temis, son las encargadas de ejecutar sus órdenes.

Las PARCAS eran tres: Cloto, Laquesis y Átropos, y moraban en el reino de Plutón. Las representan de ordinario bajo la figura de unas mujeres pálidas y demacradas que hilan en silencio, a la tenue luz de una lámpara. Cloto, la más joven, tiene en su mano una rueca en la que lleva prendidos hilos de todos los colores y de todas las calidades: de seda y oro para los hombres cuya existencia ha de ser feliz; de lana y cáñamo para todos aquellos que están destinados a ser pobres y desgraciados. Laquesis da vueltas al huso al que se van arrollando los hilos que le presenta su hermana. Átropos, que es la de más edad, aparece con la mirada atenta y melancólica, inspecciona su trabajo, y valiéndose de unas tijeras muy largas corta de improviso y cuando le place, el hilo fatal.

Jóvenes y viejos, ricos y pobres, pastores y monarcas, nadie escapa a la divinidad inexorable.

### **22. Temis**

TEMIS O la JUSTICIA es hija del Cielo y de la Tierra; con una mano empuña una espada y con la otra sostiene una balanza. Lleva los ojos cubiertos con una venda queriendo indicar que para ella nada valen ni el rango, ni la calidad de las personas que vienen a someterse a sus juicios; y se apoya sobre un león para significar que la justicia debe ser secundada por la fuerza.

Durante la edad de oro, la Tierra fue su morada predilecta, pero el espanto que le causaron los crímenes que llenaron la edad de hierro, obligáronla a refugiarse en el cielo y allí fue colocada en la parte del zodiaco que llamamos la Virgen.

Astrea, hija de Temis, se toma muchas veces por la misma diosa de la justicia y forma con su madre una sola y única divinidad.